



SEMANARIO POPULAR.

PERIODICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 20.

JUEVES 14 DE JULIO DE 1864.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.
Se vende en los puntos de suscripcion.

Tomo III.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 15.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO, un año 50 rs.

SUMARIO.

BOSQUEJOS HISTÓRICO-FILOSÓFICOS. (Conclusion), por J. Marin Ordoñez.—SACRIFICIO DE AMOR (cuento fantástico), por Francisco de P. Entrala.—DUBLIN.—HISTORIA DE UN SOMBRERO. (Segunda parte), por Pedro F. Reymundo.—HISTORIA NATURAL: El perro. (Conclusion), por Bufon.—LUTERO, por S.—MUERTE DE ABEL.—LOS CARRAJES. (Conclusion), por José Alcalá Galiano.—MADRIGALES, por Joaquín Valverde y Durán.—EL RAPTO, por Cecilio Navarro.

BOSQUEJOS HISTÓRICO-FILOSÓFICOS.

(CONCLUSION.)

El cristianismo, idea santa que purifica al individuo de las sociedades, pensamiento divino que engrandece al hombre y á la humanidad, al descender sobre el género humano, cual vivificante lluvia sobre campo seco é inculcillo hace brotar de sus hasta entonces estériles entrañas, gérmenes de vegetación lozana y vigorosa, así aquel fecundizando al corazón seco en el vicio, y á la inteligencia oscurecida en la ignorancia, les hace producir fruto abundante de bien y de sabiduría: en eñando la unidad de Dios y su providencia, proclamando la hermandad del género humano, la caridad universal, y poniendo el fin del hombre en la imitación divina, da ser á la armonía entre todos los pueblos y todas las edades, hasta entonces desconocida; hace nacer el pensamiento del progreso perpetuo é indefinido de la humanidad, hasta entonces ajada por los poetas y los filósofos; y descubre á su vista un solo destino infinito en el mismo Dios. Ya el historiador, bajo la influencia de ese supremo ideal, medita detenidamente la virtud de los acontecimientos del género humano, porque contempla tan colosal monumento sostenido por la mano poderosa del Eterno; ya penetra en su fondo con interés y con calma, le recorre pausadamente, pues sabe que el polvo que levantan sus pisadas han de ser nueva columna mi-

lagrosa que guie á la humanidad en su marcha, saliendo también fuera de sí, rompiendo las vallas de un pueblo ó de un imperio, la inmensidad del espacio, la duración de los tiempos, con el vasto horizonte donde pasea su mirada, á donde estiende sus deseos de bien y de justicia.

Bajo esta inspiración escribe San Agustín su *Ciudad de Dios*, libro sublime, primera historia universal de que hay noticia en el mundo: mas todavía; ráfaga luminosa del espíritu penetrante, que desarrollado después por la ciencia, ha de ser acrisolado para formar la verdadera *Filosofía de la historia*. Examinando ese monumento precioso, descubrimos la idea de un principio general, criterio seguro que guía las investigaciones del gran obispo de Ipona: al penetrar en Roma, síntesis del mundo en aquella época, estudia en ella las terribles y fatales consecuencias de la corrupción de un pueblo, del vicio de la humanidad; hace ver la inutilidad para levantarse, de los sistemas filosóficos y la virtud santa y salvadora del cristianismo: admira á los pueblos todos avanzando en la senda de su vida conducidos por la libertad del hombre y una providencia superior omnipotente y sabia: con ese espíritu, juzga en Roma y Scipión su libertador la ingratitude de los pueblos; en la ciudad de Rómulo y los Albanos las injusticias de las naciones; en Constantino la grandeza de los imperios; en la invasión de los pueblos del Norte el castigo de las sociedades.

Sigue la edad media, larga infancia de las sociedades modernas, se afana en levantar el edificio del porvenir meditando apenas en las huellas de lo pasado, y encerrando la augusta voz de la ciencia en el estrecho recinto de las bóvedas del santuario, el estruendo de las armas no deja oír su apacible eco fuera de aquellas solitarias mansiones: los monges, con la buena fe que inspira la virtud, pero con la inesperienza que produce el aislamiento, escriben, los mas, solo para su monasterio y sus

hermanos, sin meditar sobre la razón de los hechos y las costumbres que apenas ven.

Viene el siglo XVI, y Nicolás Maquiavelo, poeta, filósofo, historiador y político, intenta en su *Discurso sobre Tito Livio* alzar del polvo el derruido edificio de la historia; con facilidad asombrosa, con profundidad no común y en estilo de atlética energía, mas dando torcido rumbo á sus tendencias, encierra un fondo de clasicismo que la hace ponerlo todo al servicio de la idea dominante, la religión al servicio de la política, el sacerdocio al servicio del imperio, y el imperio subyugado á los antojos caprichosos del príncipe: como Tácito, admira á Roma, porque sin reparar en los medios arrebató á los demás pueblos sus costumbres, sus leyes y su independencia. Así lo inspira á los tiranos de Italia, por mas que pretendiendo algunos defenderle hayan querido sostener no fueron tales sus tendencias, si no solo de la superficial inteligencia de su época y sus partidarios.

El gran Bossuet en su inmortal *Discurso*, siguiendo los pasos del Platon cristiano, presenta á los pueblos bajo la dirección de la Providencia, ya cumpliendo sin intervencion su destino, ya caminando por entre dolorosos entorpecimientos; y contemplando á la humanidad desde tan elevada altura, ve su progresiva tendencia hácia el perfeccionamiento.

Vico, investigador melancólico y profundo, cree también en la dirección y el orden providencial, orden que según él es una idea innata en nuestra inteligencia y que tiene su manifestación en las instituciones, en los hechos todos: mas en su *Ciencia nueva* establece el desenvolvimiento de la humanidad con sujeción á una ley que le marca un término delimitado y limitado, desde cuya altura cae para volver á caminar de nuevo, recorriendo así inevitablemente un círculo fatal en una serie de ideas inmutablemente ligadas: de este modo destruye la libertad y hace inútil la historia, puesto que fatalmente siguen su rumbo los

pueblos sin que puedan aprovecharse en nada de los elocuentes ejemplos de las generaciones que les precedieron.

En el siglo XVIII se levantan otros hombres que, mal contentos con la sociedad presente, la maldicen; y ensañándose contra toda institución precedente y ardiendo en implacable odio, ora les falsifican como Voltaire, ora les desprecian como Rousseau. Buscando por do quiera razones para sus siniestras miras, para sus lamentables aberraciones, ya exageran, ya callan circunstancias, llegando así a presentar, cual indica el ilustrado Canbú, á Juliano el Apóstata como un héroe y á Gregorio VII como un loco, á elevar á las nubes á Diocleciano que renuncia el imperio del mundo y á acusar de cobardía por el mismo acto á Pedro Celestino. De este modo la historia apartándose y menospreciando el ingénuo lenguaje de los hechos, para sustituirle con el frenesí de locas opiniones y abandonada de la idea de la Providencia, viene á ser una delirante conjuración contra toda verdad, un rabioso sarcasmo contra el bien; y perdida la fe en su enseñanza, llega á consagrarse el mas frío é indiferente fatalismo.

Déjase sentir una poderosa reacción, y en Alemania, Kant considerando á la especie humana como el cumplimiento de un designio misterioso de la naturaleza. Hegel, con sus diversas manifestaciones del alma del mundo, personificadas en Oriente, Grecia, Roma y los germanos; y otros pretendiendo desenvolver pensamientos mas ó menos profundos, ideas mas ó menos abstractas y confusas, quieren dar explicaciones al desarrollo de la historia, mientras que un sabio francés dejando toda vana especulación y estéril controversia, consigue iniciar de nuevo el pensamiento filosófico cristiano.

Chateaubriand que recibe su inspiración en los lugares santos, despues de hacer ver en los sublimes poemas *Los Mártires* y *El Genio del Cristianismo* las bellezas en sus diferentes aplicaciones, de la idea cristiana, enteramente superiores á las demás religiones; en sus *Estudios históricos* desenvuelve la influencia de aquella en la civilización, presentándola como el único principio verdaderamente fecundo por su idea del hombre de la humanidad y de Dios.

J. MARIN ORDOÑEZ.

SACRIFICIO DE AMOR.

(CUENTO FANTÁSTICO.)

Espiraba una fría y lluviosa tarde de noviembre.

La capital de España no había perdido sin embargo su animación, su vida y su movimiento.

Las modistas abandonaban sus talleres; los estudiantes y los vagos de oficio se refugiaban del viento y de la lluvia que arreciaba por momentos, al pie de los zaguanes ó bien mirando alguno que otro escaparate; los demás esperaban tranquilos en sus hogares ó invadían en masa los magníficos cafés de la población, donde se habla no poco á tales horas y se murmura de lo lindo.

Cuando el reloj del ministerio de la Gobernación señalaba en su muestra las siete en punto, un hombre que parecía resguardarse de la lluvia, arrebujado bajo el embozo de su capa, atravesó rápidamente por frente del edificio mencionado y volvió la vista hacia aquel.

—¡Las siete! balbuceó con suprema angustia... ni aun tiempo me queda para despedirme de Julian... sin embargo...

Entonces, y como obedeciendo á la inspiración del momento, salvó la distancia que le separaba del café Oriental, abierto por la época á que nos referimos, y se internó en él hasta sentarse en la primera mesa que encontró desocupada.

El mozo acudía en aquel instante.

—Tráigame usted recado de escribir; dijo el caballero desembozándose y limpiándose con un riquísimo pañuelo de batista el sudor que á pesar del frío de la noche bañaba su frente.

—¿Nada mas? advirtió el mozo.

—Nada mas, y pronto, repuso aquel.

—Está bien.

El camarero no se hizo esperar.

—¡Ah! gracias, murmuró el desconocido.

Acto seguido puso el pañuelo sobre la mesa, y tomando pluma y papel escribió algunos renglones, que en atención á la velocidad con que los trazaba eran casi ininteligibles.

—Ya está; añadió poniéndose pálido y como si un pensamiento sombrío cruzase en aquel instante por su cerebro.

Y doblando ligeramente la carta que acababa de concebir, llamó al mozo de nuevo.

Este no tardó en presentarse.

—Un favor—dijo el caballero que parecia profundamente conmovido en aquel momento.

—¿Cuál, señorito?

—Esta carta, esta carta, á quien indica el sobre.

—Pero...

—Ahora mismo, si usted puede llevarla, bien; si no mándeme usted una persona de su confianza.

—Yo iré...

—Dentro de una hora volveré á saber la conestación; tome usted.

El caballero ahogó un profundo suspiro y dejó caer en las manos del camarero algunas monedas de plata.

—¡Dentro de una hora! repitió el desconocido. ¡Dios mio! ¿Dónde estaré yo dentro de una hora?...

Y como obedeciendo á una influencia superior, abandonó el café, embozóse de nuevo, y se dirigió á la esquina de la calle de la Montera.

Entonces tendió en derredor su mirada como quien espera ó busca algun objeto.

—¡Ah! exclamó señalando maquinalmente un coche que estaba parado cerca de la conocida tienda de los alemanes, y se encaminó hacia él.

—Señorito, dijole el cochero inclinándose desde el pescante.

—¡El mismo! balbuceó el embozado abriendo la portezuela é internándose en el carruaje.

—¿Dónde vamos?

—Al cementerio de San Martín.

—Está bien, dijo el cochero, y crugiendo la fusta sobre el lomo de los caballos, partieron estos á trote largo.

Apenas salieron por la puerta de Santa Bárbara, el tronquista chasqueó nuevamente el látigo y el carruaje se vió arrastrado á lo largo del camino con la velocidad del rayo.

Cárdenas nubes se estendian por el lóbrego firmamento, y el trueno resbalaba sobre su cóncavo seno preñado de centellas. El viento silbaba por entre las desnudas ramas, produciendo un gemido largo y aterrador. La lluvia caía á torrentes y á los fatídicos resplandores del relámpago, veíase el carruaje correr, girar y perderse entre el oscuro manto de la noche.

El carruaje detúvose al fin, y el caballero saltó en tierra.

—¿Dónde estamos? le preguntó al cochero.

—En la sacramental, señorito.

—¿Y vendrá? exclamó misteriosamente.

—Escuche usted.

—¿Qué?...

—Los acompasados y múltiples pasos que suenan á nuestra espalda.

—¡Es verdad! repitió el caballero con asombro.

—¡Es ella!

—¡Ella! ¡Dios mio!

—No tenga usted duda.

El embozado lanzó un entrecortado suspiro; apoyó el brazo sobre la portezuela y dejando caer la cabeza pesadamente, quedóse pensativo.

—Valor, señorito, valor, dijo el cochero,

súbase usted de nuevo y ocultémonos á alguna distancia.

—¡Ah! sí, podría infundir sospechas nuestra presencia.

Y se internó de nuevo en la berlina que anduvo hasta colocarse á espaldas del cementerio.

En aquel momento y en dirección al mismo lugar, distinguiéronse varios bultos negros, informes, silenciosos, que avanzaban con paso lento sobre el camino.

El relámpago brilló nuevamente y á su luz, pudo verse una caja funeraria, blanca, con flores regadas por la lluvia y largas cintas del mismo color, cuyos extremos eran sostenidos por cuatro hombres rigurosamente vestidos de negro. Algunos mas componían el fúnebre cortejo; pero allí no se veía la enlutada carroza coronada de ángeles, ni esa larga fila de coches que camina en pos de los que mueren ricos, ni nada en fin, que demostrase la adulación ó los caprichos de la moda, en vez del verdadero dolor que siempre deben revelar esta clase de ceremonias.

De allí á poco los enlutados se aproximaron á las verjas de la sacramental de San Martín.

—¿Quién vá? dijo un hombre por la parte de adentro.

—Venimos á depositar el cadáver de la señorita doña Elvira de...

—Adelante, repuso el que debía ser guarda del cementerio.

Media hora despues un profundo silencio reinaba en aquel palacio de la muerte, levantado sobre las ruinas de la humanidad.

La verja permanecía abierta.

Una sombra que parecia ser la figura de un hombre llegó á aquel solitario paraje, internándose misteriosamente entre las primeras filas de cipreses, y caminando con paso lento al borde de los sepulcros.

De repente se detuvo al pie de una pobre cruz de madera que elevaba sus brazos sobre algunas matas de siemprevivas tronchadas por la impetuosa corriente del huracán.

—Tengo miedo, se dijo, por primera vez en mi vida... esa llamarada fosfórica que como una nube fantástica se eleva sobre la superficie de las tumbas... esas galerías donde en cada nicho se oculta la esperanza que pasó... las ilusiones que huyeron... las glorias que acabaron... estos cipreses que el soplo de la tempestad columpia sobre mi ardiente cabeza... ¡Dios mio! ¡qué ruido tan espantoso!... ¿qué es la vida? ¡ah! la vida es el paréntesis entre el no ser y la muerte... la vida es la quimera de la humanidad... es... pero siento frío... no sé qué terrible romordimiento experimenta mi corazón cuando aplasto bajo mis pies las sencillas yerbas que brotan de esta rojiza arena de cadáveres... he venido á profanar este recinto... y sin embargo, no tengo fuerzas para dejarla de ver... Elvira... ayer tus ojos brillaban con el fuego de la inocencia... de la esperanza y del amor... hoy...

El misterioso personaje dejó caer la cabeza pesadamente sobre su pecho.

El silbido del huracán al deslizarse por entre el pálido ramaje de los cipreses, era cada vez mas lúgubre.

Y aquel hombre, como impulsado por un resorte misterioso, se arrancó, por decirlo así, del sitio en que se hallaba absorto, y se deslizó entre los árboles con paso trémulo, indeciso, vacilante.

El rumbo que seguía era en dirección de la capilla del cementerio.

La puerta abierta de par en par dejaba ver el fondo del sagrado recinto, tristemente iluminado por algunas luces moribundas.

Veíase en el centro una caja mortuoria colocada sobre un túmulo en que se reflejaba la llama de cuatro blandones amarillos simétricamente colocados á sus extremos, y de los que dimanaba un olor acre, pegajoso y nauseabundo.

Sobre la caja descansaba el cadáver de Elvira.

La llamada Elvira, á pesar de la lividez que

empañaba su rostro blanco y delicado como el de una escultura de mármol, no ofrecía un aspecto repugnante.

Sus blondos y ondulados rizos caían á lo largo de su pecho contrastando de una manera poética, dulce y misteriosa con sus manos cruzadas sobre el mismo, en actitud suplicante, y tersas como el marfil.

Un traje blanco, aéreo y vaporoso cubría sus heladas formas, y multitud de flores y cintas ornaban su falda, sobre la que caían dos grandes lazos de raso azul.

Elvira, por último, estaba verdaderamente hermosa.

Aquellas inmóviles estatuas que se dibujaban confusamente en la penumbra del templo; aquel silencio espantoso interrumpido de cuando en cuando por el prolongado gemido del viento al estrellarse contra el abside ó resonar fatídicamente en los cóncavos templetos de la capilla; aquel aspecto fantástico y sombrío; todo, en fin, parecía helar el alma del observador y envolverle en una especie de paraismo inexplicable, en una tristeza inmensa, en un dolor infinito.

La figura del caballero proyectóse al fin en las oscuras paredes del templo.

Un gemido triste, agudo, desgarrador, se escapó de su garganta perdiéndose á lo largo de la iglesia.

El cadáver de Elvira pareció estremecerse en su lecho funerario, como si aquel grito, arrancado por la desesperación ó la amargura, penetrase hasta después de la muerte en su corazón, helado é inmóvil.

El trueno rodó nuevamente sobre las negras nubes, y el viento silbando con mas vigor por entre las desiertas naves de la iglesia, apagó rápidamente la moribunda luz de los blasones.

La lámpara colocada en el centro, ardía, sin embargo, como el espíritu divino que brilla y se columpia sobre las tempestades que estremecen el corazón de la humanidad.

II.

Cuando el camarero entregó la carta á Julian, éste se encontraba recostado en una magnífica butaca de su gabinete y apurando un aromático cigarro.

Sus ojos parecían volverse hácia su alma para leer en ella toda la historia de su pasado.

Los dedos de su pequeña mano retorcián maquinalmente las sedosas guías del negro bigote que se dibujaba correctamente sobre el perfil de su boca.

Julian por último, había tomado la carta de manos del mozo y la leía con avidez á la luz de una bugía colocada sobre una mesa de despacho.

Decía así:

«Querido Julian: corro al lado de Elvira para morir con ella. Recibe la última y mas ferviente expresión del cariño de tu mejor amigo...

»Gonzalo de Medina.»

Julian, que durante la lectura había permanecido impassible, se puso densamente pálido, tomó el sombrero, su abrigo y se lanzó á la calle.

—He sido un necio en no manifestarle lo ocurrido, se decía; ahora yo solo puedo ser responsable de sus locuras... pero no; acaso no sea tarde... marchemos...

Y Julian envuelto en un ancho carrik para resguardarse de la pesada lluvia, cruzaba calles y calles con paso rápido y seguro.

—Hé aquí mi salvación, dijo por último fijándose en un coche de plaza sobre cuyo pesante se distinguía la correspondiente *tablilla*.

Julian entró en él sin vacilar, y lo dirigió á la mencionada sacramental.

III.

Seis meses antes de los acontecimientos cuya narración nos ocupa, ni aun de vista se conocían Gonzalo y Julian.

A las avanzadas horas de una noche serena y tranquila de esas en que la brisa viene cargada con todos los perfumes de la primavera, y la naturaleza ostenta sus pomposas galas, un caballero, cuya elegante figura pudo distinguirse merced á los trémulos rayos de la luna, acaba de salvar la verja de hierro que circunvalaba un pintoresco palacio situado á poca distancia de Madrid.

En el momento de poner el pie sobre el camino, cuatro hombres avanzaron rápidamente hácia él obstruyéndole el paso.

—¿Quién va? gritó el caballero algun tanto sorprendido.

Los aparecidos nada contestaron, pero en sus levantados brazos relampaguearon las aceradas hojas de cuatro agudos puñales.

El elegante jóven dió un salto hácia atrás como único recurso para evitar el terrible golpe que le amenazaba.

Un sordo rugido se escapó de su pecho, y el fuego de la desesperación brilló en su chispeante mirada.

Pero fue inútil.

Los cuatro hombres estrecharon mas y mas el círculo en que le tenían encerrado.

Uno de ellos asióle por la solapa de la levita, y ya se disponía á asestarle una terrible puñalada cuando un jóven que parecía ocultar el rostro bajo las anchas alas de un sombrero, se presentó en el sitio de la contienda.

—¡Alto, canalla! gritó con voz ronca y poderosa.

Y extendiendo el brazo á la altura de sus hombros, dejó brillar en su mano el cañon de una pistola.

—Ya somos dos, gritó el amenazado caballero, cobrando fuerzas ante la presencia del desconocido.

El ruido de las imprecaciones, el brillo de los puñales, y las movibles y vacilantes figuras de los contendientes, aparecieron envueltas entre la densa polvareda que levantaban al resbalar sus cuerpos sobre la arena.

Una fuerte detonación oyóse sonar á los pocos instantes, y aquel grupo misterioso apareció iluminado por una siniestra claridad.

Un grito desgarrador partió en seguida del lugar de la lucha, y un hombre cayó pesadamente sobre la superficie del camino.

Al observar lo ocurrido tres de ellos, huyeron en diferentes direcciones, y dos solamente quedaron inmóviles como estatuas, colocados frente á frente, y con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Le debo usted á la vida, dijo el que había salido de la verja, lanzando una mirada de agradecimiento sobre el que tan oportunamente habíase presentado en su auxilio.

—Adios, caballero;—repuso el otro con solemnidad y sencillez.

—¿Cómo podré pagarle á usted semejante acción?

—No he hecho mas que cumplir con mi deber,—sin embargo, viva usted tranquilo, que tarde ó temprano todo halla en el mundo su recompensa.

—Es verdad.

—Pero fuerza es reconocer que sin usted esta noche hubiera caído en poder de esos miserables. ¡Estaba desarmado!

—Por eso seguramente contaban con el triunfo.

—Cierto.

—Hablemos de otra cosa. Usted se dirigirá hácia la capital, ¿no es así?

—Sí, señor.

—Yo también.

—Entonces marchemos juntos.

—Tendré en ello una verdadera satisfacción.

—¿Y este hombre? dijo señalando al que inmóvil y rígido permanecía tendido sobre la tierra.

—¿Este? sus propios compañeros le librarán.

—¿Estará muerto?

—O herido.

—No es lo mismo.

—El no se habría ocupado de semejante cosa si estuviésemos en su lugar.

—También es cierto.

Y ambos cogiéronse del brazo como si se hubiesen tratado siempre, y se pusieron en marcha.

—Usted, díjole el aparecido al de la verja, ¿tiene enemigos?

—¿Por qué? preguntó el otro sonriendo.

—Muy sencillo: para que otra noche no se venga usted desarmado; y digo otra, porque si no me equivoco, todas ellas abandona usted á las mismas horas estas soledades.

—¿Sí! contestó el jóven haciendo un gracioso gesto.

—Lo cual me prueba...

—¿El qué?

—Nada, nada. Va usted á decirme que soy demasiado curioso.

—No, no lo crea usted; yo soy muy franco, y como acostumbro á decir todo cuanto siento, me gusta que también los demás me muestren sus ideas.

—Primer capítulo para ser buenos amigos.

—¿Cuál?

—La franqueza.

—Adelante. ¿Decía usted?

—¡Ah! decía que cuando á tales horas viene por estos sitios, damas tenemos entre manos.

—¿Phs!

—¡Hola... hola! Parece que se queda usted pensativo.

—No; los habitantes de esa quinta son antiguos amigos de mi casa; y aunque hay una muchacha...

—¿Sí?

—Y muy linda.

—¿Bien dije yo!

—¡Ca! Nada de eso. Es para mí una hermana... además, hay compromisos superiores y lazos indisolubles que borran toda esperanza de mi corazón.

—¡Diablo! Me dice usted eso en un tono tan... tan...

—¿Cómo?

—Tan sentimental...

—Que le conmueve á usted, ¿no es verdad?

—Ni mas ni menos.

—¿Caramba! ¿Por qué no habremos sido nosotros amigos hasta ahora?

—Verdaderamente que un genio como el de usted me ha hecho falta muchas veces.

—Y á mí como el de usted.

—Venga esa mano.

—Ahí va.

—¿Somos amigos?

—Hasta la muerte.

—Y observo...

—¿Qué?

—Que llegamos á las puertas de Madrid.

—Lo siento.

—¿Por qué?

—Porque voy á separarme de usted.

—Y yo.

—¿Me dirá usted su nombre?

—¡Hombre, sí! Gonzalo de Medina.

—Me gusta.

—¿Y el de usted?

—Luis de...

—¿De qué?

—De Padilla.

—Bien; mañana nos veremos.

—¡Oh! sí. ¿A dónde?

—Donde usted quiera.

—En el Suizo.

—Perfectamente.

—La acción de usted no la olvidaré nunca.

—Pues si lo hiciese usted me daría una gran prueba de amistad.

—Hasta mañana.

—Adios.

—He llamado mi nombre, decía Padilla al retirarse. ¿Cómo pagaré tan generosa acción?

Mientras tanto el otro se preguntaba:

—¿Se llamará como me ha dicho? Me pareció además que desde los primeros momentos fingía la voz. Y luego con aquel sombrero no he podido verle el semblante. ¿Quién será?

De todos modos me ha parecido un excelente chico. Mañana lo veremos.

—Y embebido en estas reflexiones llegó á una casa de pobre y mezquina apariencia: llamó á la puerta y trepó noventa y tantos escalones, entrando por último en un triste y reducido cuarto, donde todo el mueblaje consistía en un catre de tijera, una mesa con tinte-

ro, libros y papeles; dos floretes colgados sobre ella en forma de cruz; un velon que iluminaba la estancia y un antiguo sillon de baqueta.

Gonzalo sin detenerse desnudó cuanto velozmente pudo y se entregó al descanso entre los recuerdos de cuanto le acababa de suceder.

(Se continuará.)

FRANCISCO DE P. ENTRALA.

DUBLIN.

Una de las mas bellas ciudades de Irlanda es Dublin. Su bahía desarrolla á la contemplacion del viajero uno de los panoramas mas hermosos que se puede imaginar, y no sin razon se le compara con el golfo de Nápoles y el Cuerno de oro de Constantinopla.



Muerte de Abel.

Tiene quizá, dice un célebre viajero, menos esplendor que el primero de aquellos puntos, menos riqueza que el segundo; pero posee á no dudarlo mucha mayor grandeza que el uno de ellos y mucha mas magestad que el otro. No pueden exigírsele aquellas azuladas olas que rompen al pie del Pausilipo sus ricos penachos de húmedos diamantes; ni aquellas ardientes tintas del Vesubio, cuyo solo reflejo colorea el cielo á gran distancia; ni hay que esperar el encontrarse allí con esa admirable union del arte y la naturaleza, esa mezcla de jardines y palacios, y esas lucientes cúpulas y esos aéreos minaretes que destacan su elegante perfil sobre los verdes bosquecillos que hacen de las orillas del Bósforo el mas encantador paisaje.

La naturaleza, sin embargo, tiene mucha mayor dulzura y mayor calma, y estas serán, por lo demás, las dos cualidades que habremos de encontrar con mas frecuencia en los paisajes irlandeses. La bahía de Dublin es inmensa y podría muy bien dar abrigo á todas las escuadras del mundo. Las elevadas colinas de Howth la cierran por la parte del Norte; la Sur, la mirada se detiene sobre las alegres montañas del condado de Wicklow—la Suiza de Irlanda—que son las que reemplazan la nevada diadema del monte Blanco con un denso velo de niebla. Despues de haber atravesado cinco ó seis isletas, tales como Dalkey que relumbra con el sol, Lansbay que oculta su cima en las nubes, y otra además que el pueblo denomina *Ireland's Eye*, el ojo de Irlanda, porque está como vigilando á la Inglaterra á la manera de un centinela destacado en medio de las olas, éntrase en el pequeño puerto de Kingstown, que es el punto de reu-

nion de los buques del Estado y de los paquebotes de todas las *Steam Companies*. Kingstown viene á ser el arrabal marítimo de Dublin, y es al propio tiempo la residencia mas favorecida, el San German, el Anteuil y el Passy; pero el Anteuil sobre las rocas y el Passy á orillas del mar. Por lo que hace á San German, se encuentran allí tres ó cuatro terraplenes por uno, con pisos de casas que se sobreponen unos sobre otros, y quintas á la sombra de verdes árboles. Todo esto, por supuesto, aseado, limpio, lleno de sonrisa y de coquetería, y libre de esa regularidad monótona que convierte una poblacion inglesa en un tablero de damas con casas por cuadros y hombres que hacen las veces de peones.

Cinco ó seis monumentos, que se hallan admirablemente situados, y son el Banco, la Aduana, la Universidad, la Bolsa, el Correo y el Palacio de los Cuatro Tribunales, llenan las condiciones todas de la decoracion arquitectónica y parecen haber sido colocados sin mas objeto que servir de recreo á las miradas de los curiosos. La Sackwill-Street es mucho mas estensa que el boulevard de los italianos en París; y el monumento de Nelson, especie de columna Vendome irlandesa que lo divide por su centro, hace que se mida con mayor seguridad su estension. El Liffey, cuyas aguas han dado su nombre á Dublin, pues que las dos palabras célticas *Dubhlinn* quieren decir *agua negra*, divide la poblacion en dos partes, punto menos que iguales.

Se conoce á la legua que allí se vive en una capital y no en una capital de comerciantes. Los almacenes que se hallan muy bien provistos y las tiendas todas que son magníficas, se hallan por lo general ocupadas por industrias

de lujo. Ya son comercios de música, ya de libros, bien joyeros, sastres ó modistas, pero es lo menos frecuente encontrar un droguero ó un panadero; en una palabra, lo útil cede allí el puesto á lo agradable, y lo supérfluo es solo lo que parece necesario. Segun afirman, es aquel uno de los rasgos mas distintivos del carácter irlandés, y yo debo confesar desde luego que es el que mas que todos me ha llamado la atencion. Aquella circunstancia domina por todas partes en Dublin, y yo estoy bien convencido de que la palabra *comfortable* no tiene allí el mismo valor y sobre todo la misma aplicacion que en la metrópoli de los tres reinos.

Lo que mas que nada contribuye tambien á producir aquella impresion en el extranjero, es que este no ve al principio mas que la poblacion moderna, la que habita la aristocracia del nacimiento, y sobre todo la del dinero. Yo la atravesé por completo, añade el mismo, pero sin detenerme, pues lo que queria, en el mismo Dublin, era ver la verdadera Irlanda, la Irlanda donde la civilizacion del siglo XIX no ha penetrado todavía y la que los progresos de los tiempos no han arrebatado, segun dicen, en su irresistible movimiento. Yo conocia ya por su comun fama aquel antiguo barrio de las *Liberties*, en el cual se aglomeran de hace trescientos años á la sombra de la austera catedral de San Patricio, en una cloaca de impuras calles y de fétidas viviendas, todas las miserias acumuladas de la Irlanda; especie de *ghetto* católico por donde el blanco baston del *constable* no ha penetrado siempre impunemente, casas transformadas en madrigueras en las cuales la prolífica pobreza pululaba con tan terrible como deplorable fecundidad.

Atravesé, pues, el recinto de la moderna población, abandoné el barrio de la riqueza y del lujo y dejando á mis espaldas el castillo, residencia oficial del virey, y la torre redonda de los Talbots, en donde se ve flotar la *Union-jack* ó bandera del reino, penetré en la *Ciudad doliente* de los que padecen hambre y sed.

Ví numerosas familias acomodadas en casas harto pequeñas; pero no sucede otro tanto en Manchester, en Liverpool, en Londres... y quizá también en París? He visto mujeres cubiertas de andrajos, hombres mal vestidos y niños que apenas tenían con que cubrir sus carnes; aquellos mismos hombres no tenían para salir del día, ni el mas pequeño alborro, ni recurso alguno de que echar mano... pero no es este el pan de cada día, y si yo me atreviese á echar mano de una frase tan cruel como exacta, la condicion en cierto modo normal de muchos miles de seres en todas las aglomeraciones de la especie humana? En una palabra, la miseria que se experimenta hoy día en Dublin es, poco mas ó menos, la misma que existe en todo el mundo civilizado; y esto es desde luego, y así es preciso decirlo, un progreso para Dublin que ha sido por espacio de siglos enteros el refugio de todos los dolores, el asilo de todos los indigentes, la capital de toda especie de miserias.

HISTORIA DE UN SOMBRERO.

(CONTADA POR ÉL MISMO).

SEGUNDA PARTE (1).

¡Lo que es la humanidad! ¡Lo que es el mundo! ¡Qué cadena tan infinita el presente y el pasado! ¡Cuántas vicisitudes! ¡Cuántas sensaciones! ¡Qué de sucesos! y sobre todo, ¡qué tiempos, qué tiempos estos!...

Farecerá raro que un sombrero ratiocine de esta manera. Muy raro que un adminículo de cartón haga semejantes reflexiones. Mas no obstante mi inanimacion y mi englutinamiento, creo muy justo permitirme tales desahogos, hijos no mas de la esperiencia que en ca-

(1) Véase el número 4.º, tomo III de EL SEMANARIO.



Martin Lutero.

beza agena he adquirido. A fuerza de tanto oprimir sienes, ¿quién duda que haya llegado á oprimir la de un hombre de talento? Y una vez en su mollera, ¿quién me niega cierta participacion en sus ideas y pensamientos? Si, señores, estoy saturado de consonantes, figuras poéticas y otras muchas cosas por el estilo; estoy impregnado de la *vis cómica* que tanto caracterizaba al último que me poseyó. Gracias al fecundo sudor de su frente y á la constante filtracion de ese líquido en mi sombreribilidad, no digo humanidad por temor al qué dirán de la gente sensata, los ebullentes pensamientos y las sublimes concepciones de mi

propietario, no salian de su mente sin chocar, sin rozarse conmigo. Con lo espuesto presumo que ya no estrañarán ustedes mi ratiocinio filosófico, así, tan á lo sombrero.

Basta, pues, de exordio ó de preámbulo, y demos principio á la relacion de la segunda parte de mi historia.

Como tuve el honor de manifestar en la primera parte de ella, quedé espuesto en el escaparate de un *fabricante* de la calle de S..., que en punto á arreglos y composturas da quince y raya á Camprodon y Pastorfido. Observen ustedes cómo despunto en literatura. En dicho aparador me encontraba mas á gusto



Irlanda.—Dublin.

que en el de mi primitivo amo *Aimable*. De-seaba me dejasen tranquilo en tan humilde retiro, pues la calle de S... una de las mas concurridas y de las mas caracteriscas calles de la metrópoli, era objeto de mis *pegiagudas* observaciones. En un sitio tan frecuentado por *personajes* de ambos sexos y de caracteres tan diversos; en una calle tan *favorecida* y tan curiosa, no hay duda que se escitaria mi curiosidad grandemente.

Pero como en este pícaro mundo la felicidad es un sueño y el bienestar pura ilusion, pronto tuve que resignarme á abandonar mi quietud y suspender mis observaciones para emprender otra vez la vida aventurera y activa que habia llevado. Con esta segunda exhibicion por el mundo, presentia el fin de mi existencia. Qué remedio, todo concluye en esta vida, y mucho mas tratándose de un sombrero como yo, que á mas de achacoso, un leve color de *ala de mosca* principiaba á observarse en mi copa.

Fuí á dar en manos de un ser incomprendible, de un mortal de esos que en Madrid abundan tanto. De un jugador tronado, pendenciero y otras menudencias. Hombre que con la misma serenidad comia tres dias en los andaluces, que un mes seguido en el mas detestable fonducho. Que con la misma satisfaccion vestia un sábado á la *derniere*, que un domingo á lo Adán. Un ente, en fin, de esos que no se sabe á dónde van ni de dónde vienen. Cuya familia y antecedentes son igualmente desconocidos, y cuya mision en la tierra es «vivir sin trabajar.»

Figúrense mis lectores qué pena no me causaria tener semejante propietario. En su poder tuve ocasion de conocer bien á fondo la sociedad en que vivia. Fui espectador de innumerables orgías, que por lo desordenadas, bien podian llamarse verdaderas crápulas. En ellas, mas de una vez rodé por los suelos al impulso de algunos tras-pies, indicio de alegre chispa, cuyo estado era muy peculiar en mi amo. Mas de una vez tambien hube de abollarme por tal ó cual mogicon ó garretazo, fruto abundante en las casas *non sanctas*, á donde por mi desgracia iba á menudo adjunto á tan desordenada persona.

Estos descalabros me indignaban extraordinariamente. ¿Y quién no se indignaria al ser maltratado como yo en sitios tan inmundos? No es posible que haya ningun sombrero de mi *calidad* capaz de resistirlo.

Y á fe de tal, juro á ustedes, que me avergonzaba de pertenecer á hombre tan licenciado.

Pronto se encargó la fatalidad de poner término á mis males. Una noche, bien me acuerdo por cierto, perdió mi tirano dueño en una casa de juego todo cuanto tenia y hasta cuanto no era suyo. El temor de un presidio, los remordimientos, el triste y nebuloso porvenir que se le presentaba en lontananza, fueron causa quizá de que le asaltara la horrible idea de atentar contra su existencia. Ensimismado con tan insensato proyecto, se dirigió al Campo del Moro, donde en un santiamen se levantó la tapa de los sesos. Yo caí á alguna distancia suya, y ¡horror! bañado en su misma sangre.

La policía nos recogió á ambos, yendo á parar él en el Cementerio y yo en... el Rastro. Uno de esos *comerciantes-panaceas* me tomó por su cuenta. Y allí en su variado y surtido almacen de trastos viejos y antiguallas sin número, tuve el disgusto de ser por tercera vez espuesto á la venta. Allí entre sartenes rotas, retazos de mil colores y multitud de baratijas sucias y deterioradas, yacia yo triste y avergonzado.

Mucho me preocupaba haber descendido á semejante estado. Yo, descendiente del encompetado *Aimable*; yo, ¡que costé la suma de 4 napoleones! Muchas y muy graves fueron las reflexiones que me asaltaron.

Tan necio estuve, que ni siquiera me hice el cargo de que así son todas las cosas de este mundo, ó por lo menos, la mayor parte de ellas. ¡Cuántos no se han mecido en dorada

cuna; cuántos no han llegado al pináculo del poder; cuántos no han atesorado las riquezas de Cresol! Y sin embargo, ¡cuántos no han venido á parar en la dolorosa y precaria situacion en que yo me encontraba! ustedes me dispensarán que tenga el atrevimiento de comparar las miserias humanas con las mias.

Es un desahogo *sombreril*, que en vano he tratado de ahogar en mi *forro*.

Gracias al regular estado de conservacion en que me hallaba, no tardé en encontrar un nuevo amo.

Amo que simpatizó conmigo al primer golpe de vista. Advertí en él un no sé qué de persona de bien, un verdadero hombre de honor, á pesar de sus veinte años cumplidos. Su aspecto humilde y su traje todavía mas humilde, me hicieron comprender que quien á tal *sombrereria* venia á buscar un sombrero, no debia tener muy desahogado el bolsillo. Sin embargo, debo hacerle justicia.

Hijo de una familia honrada, aunque pobre, salió de su casa sin un real y con muchas esperanzas, decidido á procurarse en la corte un bienestar que jamás hubiera podido vislumbrar en su pueblo. Desde niño fue algo aficionado á hacer versos y esta aficion que al principio era casi nada en mi joven señor, se desarrolló notablemente despues, merced á su talento y excelentes facultades.

Cuando pasé yo á sus manos, principiaba á escribir en un periódico mediante un sueldo miserable. Mas adelante vió colmados sus deseos. Su nombre fue estendiéndose poco á poco y el director del Diario creyó muy oportuno y sobre todo muy conveniente aumentarle su haber. A pesar de semejante cambio, no alteró en lo mas mínimo sus buenas costumbres. Siguió viviendo con el mismo método que cuando era pobre y desconocido.

Esto, como ustedes comprenderán, en nada impedia que me relevase con otro compañero. Pues francamente, yo estaba en un estado lamentable y sentia ostentarme sobre su cabeza. Él me debia tener algun cariño á juzgar por lo que le costaba desprenderse de mí, hasta que por fin, obedeciendo sin duda á la imperiosa necesidad de la decencia, me sustituyó con un *Beiras* flamantísimo. Yo, con notable aegria, fui relegado á una percha de madera. No habia ya que dudar, me tenia afecto, pues prefirió conservarme en su poder á que fuese otra vez vilmente vendido. Yo le debia recordar sin duda momentos inolvidables, circunstancias especiales, que engendran cierta secreta simpatía entre el corazon humano y cualquier objeto insignificante.

Mucho me holgaba de acabar mis dias en la percha de marras, donde dicho sea de paso, me hacian grata compañía, infinidad de insectos y una muy decente capa de polvo.

Llego por último al desenlace, al fin de mi historia. Dejé de existir, ó mas propiamente dicho, dejé de ser sombrero de la manera mas desastrosa.

Un dia, al anochecer, me sacó un chicuelo sobrino del amo, de mi proverbial quietud y reposo, para hacer conmigo una diablura de marca mayor.

Nosé quién le inspiró la endiab'ada idea de dar un susto, para lo cual me abrió con las tijeras tres boquetes en la copa, á guisa de calavera y con una luz en mi interior, me colocó en el fondo de una alcoba. Amigos lectores, os juro que tan horrible efecto hacia, que tuve miedo de mí mismo. Pensando en la tal calaverada estaba, cuando de pronto oí cerca de mí un horrible estrépito y en seguida gritos, ayes desgarradores, ruido de muchos pasos y un continuo vocear ¡ladrones! ¡ladrones!

La casa se puso en conmocion. Acudió la policía y la fuerza armada; se alborotó la vecindad y se armó por último el mas espantoso escándolo. El autor de semejante *maremagnum* el diabólico sobrino, mas listo que una ardilla, me coge de repente, echa á correr desalentado y sin darme tiempo para decirle ¡detente inhumano! zas, me arroja con fuerza en un lugar que por lo *comun* es escusado nombrar.

Y aquí da fin mi historia que mala ó buena, se la he relatado á mis lectores con toda la buena fe de que soy capaz.

PEDRO F. REYMUENDO.

HISTORIA NATURAL.

EL PERRO.

(CONCLUSION.)

El perro de pastor, que es el tronco del árbol, trasportado á los climas rigurosos del Norte, se ha afeado y menguado entre los lapones, y parece haberse mantenido, y aun perfeccionado en Islandia, en Rusia y en Siberia, cuyos climas son un poco menos rígidos, y los pueblos algo mas cultos. Estas mudanzas son efectos de la sola influencia de dichos climas, la cual no ha producido mucha alteracion en la forma, pues todos los referidos perros tienen las orejas derechas, el pelo espeso y largo, y el aspecto montaraz, y no ladran con tanta frecuencia ni del mismo modo que los que se han perfeccionado mas en otros climas menos rigurosos. El perro de Islandia es el único que no tiene las orejas enteramente derechas, sino un poco dobladas á la punta; pero tambien es la Islandia entre todos aquellos paises del Norte, uno de los habitados desde mas largo tiempo por hombres medio civilizados.

El mismo perro de pastor, trasportado á paises mas templados, y entre pueblos enteramente cultos, como Inglaterra, Francia y Alemania, habrá perdido su aspecto salvaje, sus orejas derechas, su pelo áspero, largo y espeso, y se habrá vuelto alano, podo ó mastin, por la sola influencia de estos climas. El mastin y el alano tienen todavía las orejas en parte derechas, y en parte inclinadas, y se semejan bastante en sus propiedades y en su indole sanguinaria, al perro de quien traen su origen. De estos tres perros, el que mas se aleja del de pastor, es el podenco, siendo sus orejas largas, enteramente caidas, su mansedumbre, su docilidad, y si puede llamarse así, su timidez, otras tantas pruebas de la gran degeneracion, ó bien de la gran perfeccion que ha producido una larga domesticidad, junta con una educacion constante y cuidada.

El podenco, el perdiguero ó de muestra, y el pachen, no forman sino una sola y única raza de perros, por haberse observado que se hallan con bastante frecuencia, en un mismo parto, podencos, perdigueros y pachones, no habiendo sido cubierta la perra, destinada para castas, sino por uno de estos tres perros. He puesto juntos el perdiguero de Bengala y el comun, porque en la realidad no se diferencian sino en tener el primero la piel manchada; y he juntado tambien el pachen de piernas torcidas con el pachen comun, porque el defecto de las piernas de este animal, no procede originariamente sino de una enfermedad semejante á la raquitis, que padecieron algunos individuos, los cuales transmitieron á sus descendientes el resultado que es la deformidad de los huesos.

El podenco, trasportado á España y á Berberia, donde casi todos los animales tienen el pelo fino, largo y espeso, se habrá hecho sabueso ó perro de aguas, y el sabueso grande y el pequeño, que solo se diferencian en el tamaño, trasportados á Inglaterra, han mudado el color blanco en negro, y por la influencia del clima se han transformado en sabuesos negros, grandes y pequeños, á los cuales se debe juntar el pyramo, que no es mas que un sabueso negro como los otros, pero señalado de color de fuego en los pies, ojos y hocico.

El mastin, trasportado al Norte, se ha hecho lebrél grande, y trasportado al Mediodía, galgo: los galgos grandes vienen de Levante, los de mediana estatura de Italia; y los galgos de Italia, llevados á Inglaterra, se han hecho muy pequeños.

El lebel grande, trasportado á Irlanda, Ucrania, Tartaria, Egipto y Albania, se ha hecho perro de Irlanda, alano ó de presa, y es el perro de mayor tamaño.

El alano, trasportado de Inglaterra á Dinamarca, se ha vuelto lebel pequeño; y éste mismo, llevado á climas calientes, se ha hecho perro turco. Todas estas razas, con sus variedades, han sido producidas por la influencia del clima, la comodidad del abrigo, el efecto del alimento, y el resultado de una educación cuidadosa: los demás perros no son razas puras, sino que proceden de la mezcla de estas primeras.

El galgo y el mastin han producido el galgo mestizo, llamado tambien galgo de pelo de lobo; y este mestizo tiene el hocico menos afilado que el galgo comun, que es raro en Francia. El lebel grande y el sabueso grande han producido el perro de Calabria, el cual es hermoso, de pelo largo y espeso, y de mayor tamaño que los mastines grandes. El sabueso y el pacho producen otro perro llamado burgalés. El sabueso y el lebel chico producen el perro-leon. Los perros de pelo largo, fino y rizado, llamados bufos, que son del tamaño de los mayores perros de aguas, proceden del perro de aguas y del sabueso grande. El perro pequeño de aguas viene de éste y del sabueso pequeño. El alano produce con el mastin un perro mestizo llamado alano ó perro de presa, el cual es mucho mayor que el verdadero alano de Inglaterra, y tiene mas de éste que del mastin. El doguin procede del dogo de Inglaterra y del lebel chico.

Todos estos perros son simples mestizos y proceden de la mezcla de dos razas puras; pero hay otros que pueden llamarse *dobles mestizos*, por venir de la mezcla de una raza pura y de otra ya mezclada.

El roqués es un doble mestizo, procedente del alano y del lebel chico. El perro de Alicante es tambien doble mestizo, pues procede del alano y del sabueso pequeño. Igualmente es doble mestizo el perro de Malta, procedente del pequeño sabueso y del perro de aguas chico. Finalmente, hay perros que pudieran llamarse *cuarterones*, por proceder de la mezcla de dos razas ya mezcladas: tales son el perro de *Artois* ó *Islets*, que viene del alano y del roqués; y tales tambien los perros llamados vulgarmente *vagos* ó *callejeros*, los cuales se parecen á todos los perros en general y á ninguno en particular, porque provienen de la mezcla de razas mezcladas ya muchas veces.»

BUFFON.

LUTERO.

Martin Lutero, nació en Eisleben en 1483, y á los veinte y dos años de edad entró en los Agustinos de Erfurt, quienes le enviaron á Roma en 1510. Combatió la venta de las indulgencias que Leon X concedió á los Dominicos, de la cual se quejaban los Agustinos, y publicó su programa que contenia ochenta y cinco proposiciones contra el papa y la iglesia Romana, los votos monásticos, el celibato de los sacerdotes, el purgatorio, el dogma de la transustanciacion, la misa y la comunión bajo una sola especie. No conservaba mas sacramentos que el bautismo y la Eucaristía bajo las dos especies. Amonestado en vano para que se retractase por el cardenal legado de la Dieta de Augsburgo, apeló del legado al papa y del papa á un concilio general, y despues que el papa le condenó se atrevió á tomar represalias y quemó solemnemente en Witenberg la bula de condenacion y los libros de derecho canónico. Habiendo acudido en 1521 á la Dieta de Worms, donde habia sido citado por Carlos V, fue desterrado del imperio y á su vuelta le ocultó en el castillo de Wartburgo, su protector el elector de Sajonia. Encerrado allí cerca de un año, comenzó su traduccion de la Biblia en lengua vulgar é inundó la Europa de

sus escritos. Secundado por un gran número de príncipes alemanes que codiciaban las riquezas del clero, consiguió que se concediera á sus sectarios la libertad de conciencia en las dietas de Nuremberg y Spira, y por la paz de aquella vió asegurado su triunfo en 1532. Desde entonces empleó su carácter fogoso é irascible, su elocuencia viva é impetuosa en combatir á los enemigos de la reforma. Estuvo casado desde 1525 con una jóven religiosa llamada Catalina Bhoren, y murió en 1546, á los sesenta y tres años de edad.

S.

MUERTE DE ABEL.

Cain y Abel, hijos de nuestro primer padre, se dedicaron el primero á la labranza de la tierra, y el segundo á guardar los rebaños. Envidioso aquel de las virtudes que en su hermano resplandecian, le dió muerte y oyó la voz del señor que le dijo.

«Ahora, pues, maldito serás sobre la tierra, que abrió su boca y recibió la sangre de tu hermano, de tu mano.

«Cuando la labreres no te dará sus frutos; vagabundo y fugitivo serás sobre la tierra.»

Este horrible crimen sirvió no obstante de saludable enseñanza á las generaciones futuras que vieron en él cuán espantoso castigo reserva Dios al que infringe sus sagradas leyes, y cuán propicio se encuentra á defender la inocencia y la virtud. Abel encontró un cielo en su muerte. Cain halló la maldicion en la vida y en la muerte los horribles tormentos del réprobo y las eternas tinieblas que envuelve la existencia del criminal

LOS CARRUAJES.

(CONCLUSION).

Un jóven buen mozo, apasionado, haciendo protestas arrodillado á los pies de una hermosa, puede mucho sobre ésta, halaga su fantasia, conmueve su corazón, pero el elocuente silencio de una carretela parada á su puerta, es la mejor y mas convincente declaracion. ¡Cuántos enamorados tienen por rival un par de caballos! ¡Cuántos caballos se reirian si supiesen cuántos amantes prueban las insípidas calabazas por su causa!

Yo de mí sé decir, que enamorado no temblaría al ver cien rivales rodear al objeto amado; no temeria que armados de punta en blanco me desafiasen, porque el amor acrecienta las fuerzas y el valor en la lucha. Pero si viese un carruaje á la puerta de su casa, ni la hidra de Lerna, ni el leon de Nemea, ni las horribles visiones del infierno de Dantó tornadas realidades erizarian mis cabellos ni me harian estremecer con mas espanto. Porque al fin, si un rival se os presenta le podreis vencer con pruebas de amor á vuestra amada, y si os desafia podeis luchar, podeis esgrimir la espada, poner quites ó dar tajos; pero ¿qué quites poneis á un carruaje? Para un amante es mas temible un tiro de caballos que un tiro de revolver ó de cañon rayado.

El carruaje es el peor enemigo de Cupido y el mas íntimo amigo de Himeneo. ¡Cuántos matrimonios hoy tienen por base cuatro ruedas, por lazos cuatro sopandas! ¡Cuántos tienen por freno el freno de sus caballos!

Contemplad aquel personaje arrellanado en su coche. Lo debe á sus intrigas, acaso á su mala fe; pero tiene coche y ya es todo un hombre adulado, considerado y aun buscado. Un carruaje es un tapa-bocas, un cierra ojos y oídos.

En fin, lectores, los de á pie, si vais á uno de esos paseos donde hay mas coches que personas, estad seguros de que, aparte de los legítimamente tenidos porque *se quiere y puede*, y con los que no me meto, la mayoría se debe á la vanidad, una buena parte á la locura, varios al deshonor, otros tantos al fraude y aun

acaso alguno á la desvergüenza. El aspecto de tanto carruaje atestigüa grandeza; su rumor es el lenguaje elocuente que esplica al observador la miseria que bajo todos los aspectos de aparente honradez ó repugnante y desembarazado descaro encierran esas rodátiles naves cargadas de vicios enteros, virtudes rotas y honras destrozadas; que llevan riquezas para traer pobreza. Si se medita despacio se verá que esos carruajes, al parecer tan cómodos é inofensivos, para uno que conducen tal vez atropellan cuatro.

Suele suceder que el mundo condena los vicios en pequeño y los autoriza en grande. Desprecia, por ejemplo, á la humilde meretriz, y ensalza á la que da su mano—y dar la mano es darse entera—á un hombre, solo porque es rico y tiene coches. De ésta dice: «¡Qué gran boda ha hecho fulana!» A la otra la arroja de su seno. ¿Cuál de las dos se prostituye mas? En la cantidad de la venta está la única diferencia, por mas que muchos vistan de sedas esta verdad desnuda y la adornen de brillantes para disculpar y encubrir sus propias faltas y extravíos.

Hoy el que tiene coche quiere tener coches, y el que tiene pies aspira á tener coche. Hoy esta palabra es la mas noble, la mas útil y pronunciada, como que ella resume en sí las modernas aspiraciones. Hoy el coche es la epidemia contagiosa. ¡Feliz el que se ve atacado de ella! No llamará médicos. ¡Feliz yo si me atacara! Pero ¡ay! los *males malos* vienen pronto y los *males buenos* rara vez llegan.

¿Por qué, preguntó yo, para andar, para visitar, para pasear, para ir al teatro, á bailes, á todo, se necesita coche? ¿Será que los hombres del dia son mas perezosos, se cansan mas, sienten mas el frio y el calor que los de antes? ¿Será que el perpetuo movimiento de esta generacion ardilla y las dimensiones de las modernas poblaciones hacen indispensables los carruajes? No. Enhorabuena que se usen por comodidad; pero hoy se usan por capricho: lo de menos es el coche *como objeto*; lo de mas es el coche *como idea*. Poned para convenceros un enorme carruaje á la antigua, tirado por pacíficas mulas, y las risas, como el sol en las nubes, harán brillar los mil colores del iris de la vergüenza en las nubes de vuestras mejillas.

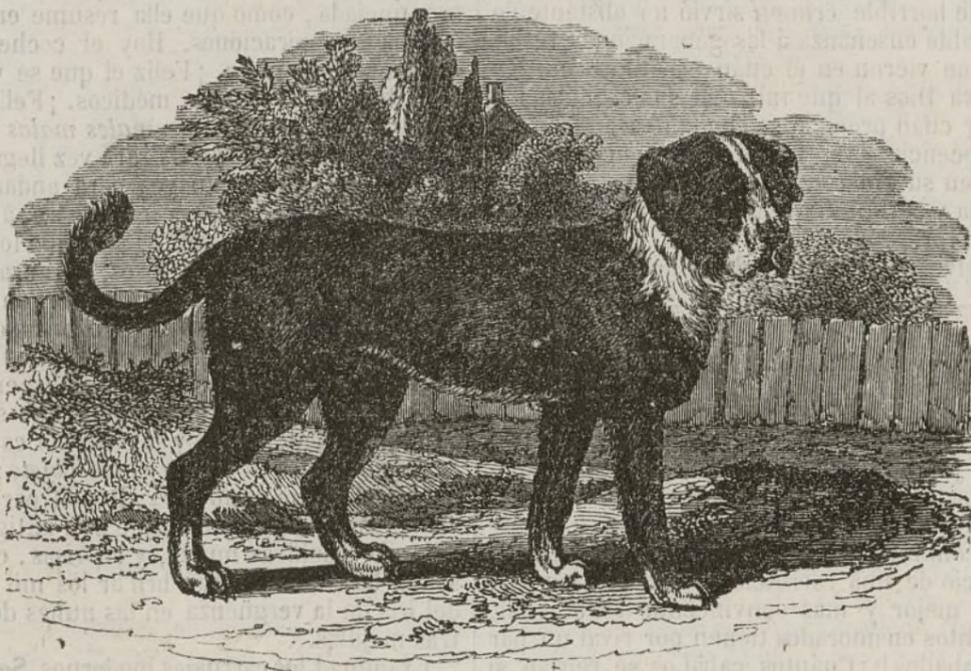
Examinad los carruajes modernos. Se tienen por docenas, grandes, pequeños, de verano, de invierno, de primavera, de otoño, de mañana, de paseo, de noche, de caza, de campo, y pronto los habrá de mujer, de hombre, de niño y de viejo. Hoy cada necesidad, cada diversion tiene su carruaje particular, cada edad el suyo propio. Véase si no el largo catálogo de nombres nacionales y extranjeros: clarens, breat, faeton, berlina, carretela, americana, tiburí, victoria, milord... basta, que acaso algunos pensando que es letanía, á cada nombre respondan *para nobis*, en vez de *ora pro nobis*. Estos nombres representan otras tantas formas, colores, proporciones y resistencias. Hasta hay coches imperceptibles, *coches de bolsillo*, de paja, tirados por jacas microscópicas, con lacayos liliputienses, que á tales pequeñeces conducen los caprichos del hombre.

Ved los caballos en palacios por cuadras, con criados para servirlos y limpiarlos, con ayudas de cámara para adornarlos; y los adornan, en efecto, tan bien, los ponen tan airosos y elegantes, que casi eclipsan en punto á hermosura á muchos de sus dueños. Mas feliz es hoy un caballo que muchos caballeros, tomando esta palabra en su legítimo significado.

¡Pues y los cocheros! Lujosos como príncipes, ¡con qué gravedad se ostentan en sus sublimes asientos! Casi, al ver su dignidad y apostura, dan tentaciones de sentarlos en la poltrona de un ministro. Hay quien piensa mas en su cochero que en su mujer. Hoy el cochero es un alto personaje; tiene mas blasones que su amo, pues lleva armas ducales por el cuello, por la espalda, por los bolsillos, por los faldones, en el sombrero; en fin, es



Bull-dogo.



Mastin.

una armería completa, un viviente tratado de heráldica, un archivo de nobleza, un príncipe de la sangre. Hoy el señor guía los caballos desde el pescante—tal vez llamado pescante porque desde él se pescan corazones—y el auriga, cómodamente recostado ó abrazado con sublime y cómica gravedad al baston de su amo, es conducido por calles y paseos. Hoy el mejor caballo es el del *groon*. Con el tiempo el hombre *fashionable* tirará del coche, el cochero guiará y el caballo irá muellemente reclinado, dándose mas tono que un bajá de tres colas, aunque él solo tiene una. Acaso algun futuro escritor, derivándolo de coche, dará á este siglo el título de *cochino*, lo cual sería una grave injusticia é imperdonable ofensa, de la que, sin embargo, no podremos defendernos los que entonces seremos el polvo que levantan las ruedas de sus coches, si por entonces los usan.

Si descendemos á la honda filosofía de los quiero y no puedo coches de lujo, á las vastísimas consideraciones acerca de los universales *Simones*, asilos de tantas intrigas, de tan-

tas personas de tan diversas condiciones; si hubiéramos de escribir un tratado sobre la inmensa significacion que encierra una simple tarjeta con un *se alquila*, emblema de esta sociedad tan amiga de los alquileres y ventas, antes se habia de cansar el lector de leer, que mi mano de escribir, *verdades en camisa, poco menos que desnudas*, como dice Quedo.

Si alguien quiere saber claro el sentido de estos renglones, lo sabrá en pocas palabras: Que en la rodátil locura que nos aqueja, hemos forjado un ídolo que adoramos todos: es el *coche*; ídolo-Proteo, imágen de sus adoradores, ídolo con sus templos y sacerdotes, y en cuyo culto se emplean diariamente inmensas sumas; ídolo forjado por el capricho mas que por la necesidad.

La sociedad es un gran coche, las pasiones los caballos, adornados, pero sin freno, que la arrastran por el camino de la perdicion. La moda, ó mejor dicho la locura, es el nuevo y arrogante faetonte que la guía, y así va ello.

Las pasiones, pues, guiadas por la locura,

¿dónde podrán llevarle mas que á un abismo en que ha de hacerse pedazos? Dia vendrá en que las futuras gentes, al ver las astillas, dirán: *che la diritta via era smarrilla*.

JOSÉ ALCALÁ GALIANO.

MADRIGALES.

—¿Por qué esta linda flor,
Decía á su pastor
Una hermosa zagala cierto dia,
Pierde su lozanía
Al ponerla en mi rubia cabellera?
Y el pastor contestóla dulcemente:
—Porque al verse en tu frente
Mira y vé que eres tú mas hechicera,
Y esclama tristemente:
Flor que no admiran, vale mas que murra
Tal efecto causóme tu belleza
Cuando por vez primera llegué á verte,
Que del mundo su inmensa fortaleza
Venciera, si me impide conocerte.
Tu trato formó parte en mis antojos:
Tu mirada busqué; tú me miraste,
Y con la luz de tus hermosos ojos,
El corazon, Felisa, me abrasaste.
Collares de diamantes, perlas y oro:
¿Y todos para quién, para Cristina?
Jamás las joyas dieron
Encanto á su garganta alabastrina;
Pues cuantas consiguieron
Ceñirse á perfeccion tan peregrina,
Al punto su belleza abandonaron,
Quizás viendo cuán poco la adornaron.
Así, pues, amadores,
Buscad á vuestra amada otros presentes
De menos resplandores,
Que son los de su rostro suficientes.
¡Collares de diamantes, perlas y oro,
Cuando es su cuello el mas rico tesoro!

JOAQUIN VALVERDE Y DURÁN.

EL RAPTO.

—Lejos de mi amada vivo
y de lejos vine á verla,
y ya que en su puerta estoy,
miro cerrada su puerta.

Luna que de amores hablas
á quien con amores sueña,
dile que en su puerta estoy
y está cerrada su puerta.

—Pero por mi amor suspiro
y al galan esperé en vela,
y está abierta la ventana,
si cerrada está la puerta.

—¿Quién vigila en tu redor?
—Amor.

—Vuela, si por mí lo exhalas.

—¿En tus alas?

—Ven al balcon; te las doy.

—Voy.

—Preparado vine hoy
con armas, oro y caballo.
Sube.

—Subo.

—Calla.

—Callo.

—Amor, en tus alas voy.

CECILIO NAVARRO.

Por todo lo no firmado J. GASPAS.
Editor responsable, Fernando Gaspar.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 dias despues de su publicacion.

PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: Librería de Gaspar y Roig, Principe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Carmen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martin, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 51; Duran, Carrera de San Geronimo; Docharo, calle de Jacometrezo, 65, y en la Publicidad, pasaje de Matheu.
En Provincias, Estranjero y Américas en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.